

*El chico de
las quemaduras*



—
“Cuéntame, ¿Cómo fue tu primera muerte?”

“...”

En algunos barrios del exterior era común ver pilas de humo a la distancia, los vecinos ya sabían quién era el responsable de esto, un engendro problemático al que habían intentado echar más de una vez, pero siempre volvía. Este muchacho solía prender fuego a los montones de basura y se quedaba mirándolos arder bajo el sol. En su apariencia se veían las consecuencias de su pasatiempo, un tono oscuro por el sol constante y quemaduras por acercarse demasiado a esas llamas que disfrutaba ver. Nadie sabía de dónde había salido ni por qué lo hacía, un día simplemente apareció.

Pese a los riesgos, ese día volvió otra vez a encender su "fogata". La última vez lo habían golpeado más fuerte de lo normal, incluso siguieron cuando intentó huir, después de eso no podía mover bien su brazo derecho, pero no dolía tanto como en las zonas donde su piel se había abierto, así que estaba bien.

Por suerte, las casas estaban vacías, ya que cada cierto tiempo la gente del barrio se iba por mucho tiempo, algo que él ya sabía, así que tenía chance de hacer lo suyo sin que le pasara nada.

Hizo lo de siempre, frotó sus manos rápidamente sobre un objeto cualquiera, dejó que el sol hiciera el resto del trabajo y en un momento, el fuego estaba listo. Mientras estaba sentado contemplándolo, sintió que alguien se acercaba. Dudó entre irse o quedarse, pero el fuego estaba tan vivo que no quería desperdiciarlo.

Al ver quién venía se tranquilizó, era un hombre que solía acercarse a sus fogatas para fumar. Este hombre nunca había sido violento con él, solo miraba desde la distancia cuando otros lo “castigaban”, pero para el chico eso ya era suficiente para considerarlo buena persona.

—

El hombre le lanzó un cigarrillo para que lo encendiera y sin mucho problema, el chico lo tomó y lo hizo, metiendo las manos en el fuego como si nada. El hombre sintió cierta grima al verlo, pero al chico ya no parecía afectarle.

Tras encender el cigarrillo, el hombre lo tomó evitando tocar sus manos, y empezó a fumar, notó el ambiente un poco incómodo, así que intentó sacarle conversación al chico.

—Entonces... ¿Cómo te llamas?

—...Ichiro.

El hombre se asombró, era la primera vez que lo escuchaba hablar y no esperaba una voz así de grave y rasposa.

—Pensé que hoy irías al centro, como los demás.

Ichiro lo miró extrañado.

—No me mires así, solo pensé que parecías del tipo que él querría reclutar.

Al parecer el hombre se refería a alguien en específico, el chico no respondió y volvió su atención al fuego, el hombre entendió que no quería hablar y dejó de insistir.

Justo cuando estaba por irse, Ichiro habló de nuevo.

—¿Para qué?

El hombre lo miró algo confundido, Ichiro siguió hablando.

—Ese tipo pelea sin razón. Además, creo que es raro.

Sonaba agresivo, pero el hombre soltó una risilla al ver que simplemente era su voz.

—¿Verdad que sí? Todos creen que es agraciado, pero yo lo veo como un rarito.

Ichiro asintió y el hombre continuó.

—Aun así, pienso que tiene buenas intenciones, está luchando contra la ciudad, es normal que necesite ayuda.

—

—No entiendo qué intenta hacer, pero me parece tonto.

Ichiro estaba siendo franco, pero el hombre no entendía, ya que la mayoría de los jóvenes apoyaban al sujeto del que hablaban, pero Ichiro parecía verlo de otra forma.

—¿Por qué crees que es tonto?

—Porque pelea cuando podría solo irse, yo me iría si pudiera.

El hombre reconoció el punto de Ichiro.

—Yo también lo he pensado. Pero... Ichiro

lo interrumpió antes de que terminara.

—Aquí solo hay basura, no vale la pena.

—Es cierto, pero él en verdad quiere salvarnos.

—Este lugar se va a quedar vacío tarde o temprano. ¿Para qué intentar evitarlo?

El hombre se sintió algo decaído por las palabras del chico, pero quería convencerlo.

—Quizás esa sea la realidad para algunos, pero tú eres joven, seguro hay cosas que quieres hacer.

Ichiro se quedó en silencio, pensativo, pero después de unos segundos, respondió igual que antes.

—... No.

El hombre lo miró, extrañado por su respuesta, sabía que insistir solo lo enfadaría, y ya sabía lo que pasaba cuando Ichiro se enojaba, así que lo dejó tranquilo.

Pero antes de irse, dejó un último comentario al respecto.

—Entonces deberías ir. Quién sabe, tal vez él pueda darte algo que desear.

Ichiro ni siquiera pensó al responder

—No quiero.

—

El hombre suspiró, dándose por vencido.

—Como quieras, no es mi problema.

Ichiro quedó solo frente a su fogata, mirando el fuego mientras esas ideas se repetían en su mente, perseguir un deseo quizás podría cambiar algo... o quizás no valía la pena. El dilema seguía rondando en su cabeza, cuando fue interrumpido por unos ruidos al otro lado de las casas, donde reconoció algunas voces y alarmado, fue corriendo para ver qué ocurría.

—

Como en cada nuevo día, el sol empezaba a salir, para algunos significa regresar al día a día, pero para otros, es recordatorio de que lamentablemente siguen vivos. La luz del sol despertó a Ichiro, quien abrió los ojos con fastidio mientras su cuerpo rogaba por un poco más de descanso, a duras penas logró levantarse, sintió un dolor más agudo de lo habitual.

No sabía dónde estaba, pero reconoció las señales de su cuerpo pidiendo agua y algo de comida si tenía suerte, no muy lejos, distinguió el río que pasaba detrás de las casas y supo que no estaba tan perdido realmente. Caminó hacia ese río y lo primero que hizo fue tomar agua, sintió cómo su superficie quemaba por el sol, pero por debajo era refrescante. Aunque él sabía que esa agua amarga y salada solo le daba más sed, era mejor que nada.

Con gotas cayendo aún de su cara, alzó la mirada al cielo sin ningún motivo. El sol siempre estaba ahí, y aunque a veces lo detestaba, mirar el cielo lo ayudaba a desconectarse del entorno y le daba paz, aunque su cuerpo sufriera por el calor.

Ichiro carecía de muchas cosas, pero no de deseos, imaginaba como sería vivir en la ciudad, tener otro cuerpo o convivir con otras personas. Sin embargo, esos sueños le parecían tan maravillosos como imposibles, tal vez ese era su problema, y su verdadero sueño era poder permitirse soñar.

Luego recordó su conversación con aquel hombre, Ichiro no entendía a aquel sujeto del que hablaron, ni a quienes lo seguían, pero si era verdad que podía cumplir los sueños de la gente, quizás podría darle a él una oportunidad de cambiar.

Con esa esperanza en mente, Ichiro decidió ir hacia el “centro”, donde los habitantes del exterior se reunían para compartir los recursos, era un lugar conocido por todos, ya que alejarse demasiado era peligroso.

Estar en ese sitio no le gustaba, las miradas denigrantes de la gente eran parte del problema, cada vez que intentaba tomar algo de los suministros, alguien se lo arrebatava de las manos. Incluso un día le hizo muecas a un bebé, pero solo logró hacerlo llorar y caerle peor a la gente.

—

Pero la peor parte eran ellos, esos tipos que, aunque eran del exterior, parecían de la ciudad, se paseaban por ahí como si fueran dueños del lugar, eso hacia enojar a Ichiro e incluso ya se había metido en problemas con ellos anteriormente, pero esta vez tenía que tolerarlos.

Pero para ellos no fue así, cuando se encontraron con él en medio de la calle, se les heló la sangre al verlo. Ichiro no entendía por qué reaccionaron así, pero el golpe que sintió fue brutal. El más grande de ellos no tuvo que hacer el más mínimo movimiento, aun así, Ichiro recibió un impacto que le quitó el aire y lo dejó inconsciente en el suelo.

—¿¡Qué mierda fue eso!?! ¡Pensé que te habías encargado de él, Maruno!

Aún sorprendido, su compañero le reclamó por ello.

—¡No sé qué paso, te juro que ayer ya no se movía!

Respondió Maruno, sin dejar de mirar al cuerpo inmóvil de Ichiro, ambos se quedaron en silencio, evaluando qué hacer.

—... ¿Y si nos lo llevamos? Si sobrevivió, entonces podría ser útil.

Maruno dio esa sugerencia, pero su compañero no estaba convencido.

—No lo sé, no quisiera tener a alguien “así” entre los candidatos.

—Pero Shigeru dijo que nos lleváramos a cualquiera que pareciera inusual, ¿Recuerdas?

—...Haz lo que quieras.

Su compañero demostró desinterés al respecto, por lo que Maruno terminó decidiendo que lo llevarían, e involuntariamente, terminó cumpliendo la motivación que había llevado a Ichiro a ese lugar.

—

Ichiro empezó a abrir los ojos poco a poco, todo estaba oscuro y algo lo arrastraba mientras apretaba sus muñecas. Estaba en una especie de recinto, que solo era iluminado por la luz solar que entraba por un ventanal en el centro del techo.

Era Maruno quien estaba arrastrándolo, Ichiro no entendía nada e intentó soltarse para que lo dejara caminar por sí mismo, pero Maruno solo volteó a verlo con enojo, eso le bastó para entender que era mejor quedarse quieto.

Después de un trayecto largo, Maruno se detuvo frente a una puerta de metal, la abrió y empujó a Ichiro adentro, este ni se molestó en gritar o golpear la puerta para que lo sacaran, y en un acto algo derrotista se dejó caer contra la pared y se sentó en el suelo. Al observar el sitio donde lo habían metido, notó otra presencia en la esquina, bajo la luz que entraba por una pequeña ventana.

Su figura pálida estaba cubierta solo por una camisa holgada, sus ojos parecían perdidos en el espacio, como si su mente estuviera reproduciendo un recuerdo que guarda sentimientos que ya no puede sentir, y su cabello era tan blanco, que pese a estar sucio, la luz del sol le daba un tono dorado.

Ichiro sin querer se había metido en una persecución de miradas, quería seguir mirándola, pero si lo hacía, corría el riesgo de que ella lo viera de vuelta.

Esa chica notó que estaba actuando raro, y rompió el hielo ella misma.

—¿Te pasa algo?

—No... Es solo que...Yo...

—¿Cómo te llamas?

—I... Ichiro.

—¡Yo me llamo Keita! ¿De dónde eres?

—

Ichiro se quedó callado, nunca le habían preguntado eso y no sabía responder, Keita se dio cuenta y siguió hablando.

—Yo vengo de la ciudad, es un lugar divertido pero la gente es algo rara.

—¿En serio? ¿Cómo llegaste aquí?

—Pues...

Siguieron hablando de cosas sin importancia, pero después de un rato, Keita notó que Ichiro tardaba más en responderle, además de que hacía gestos extraños con las manos, producto de sus crecientes ganas de quemar algo.

Keita se acercó a él, Ichiro se sintió un poco tenso, pero no lo impidió, su contraria lo tomó de la muñeca, y en pocos segundos, esa sensación desapareció, ella tosió un poco justo después, y aunque Ichiro no lo vio, su mano se había manchado un poco de sangre, ella le sonrió para distraerlo, e Ichiro solo supo devolverle la sonrisa a su manera.

Durante el resto del día, pasaron ratos de charla y otros ratos de silencio, pero sin importar si hablaban o no, ambos se sentían reconfortados por la compañía del otro, esto continuó hasta que la noche cayó y el cansancio de ambos decidió que había sido suficiente.

Al día siguiente, Maruno irrumpió en la habitación de nuevo, esta vez acompañado por su compañero, el cual se quedó con Keita en la habitación mientras Maruno se llevó a Ichiro a otra parte, con la intención de hablar con él.

—¡¿Qué les pasa!?

—Cálmate, todo está bien.

—¿Por qué me trajiste aquí?

—...Supongo que estoy siendo piadoso.

Maruno sacó un empaque con lo que parecía ser comida, y se lo lanzó a Ichiro.

—No creas que quiero ser amable contigo, es de Shigeru.

—

Ichiro lo abrió como pudo, y comenzó a comer.

—¿Shigeru es tu jefe?

—No le gusta que le digamos “jefe”, pero básicamente lo es.

¿Y por qué quiere que estemos aquí?

—¿Crees que te lo diré? Solo espera, y si tienes suerte, todo estará bien.

—¿Y qué está haciendo tu compañero allá adentro?

—¿Te refieres a Jiko?... Nada malo.

Ichiro aun sentía que algo no andaba bien, pero en esa situación tampoco podía hacer mucho.

—... ¿Qué sabes de ella?

Maruno ya veía las intenciones de Ichiro con esas preguntas, y prefirió darle una advertencia.

—Solo te diré que no hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—¿Qué? ¿De qué ha...

—Sé lo que has hecho, sé la clase de cosas que haces y sé la clase de persona que eres.

Maruno le lanzó una mirada amenazante a Ichiro, su expresión rozaba el asco.

—No te advertiré de nuevo.

Ichiro no supo cómo tomarse esas palabras, incluso llegó a sentirse algo atacado, pero lo dejó pasar.

Jiko llegó justo después, con esa gran sonrisa que transmitía de todo menos buenas intenciones, dejándose llevar por su mal presagio, Ichiro ignoró a Maruno y salió corriendo de regreso a la habitación, dejándolo solo con su compañero.

—¿Deberíamos ir tras él?

Preguntó Jiko.

—

—... No será necesario.

Maruno respondió extrañamente tranquilo.

Al llegar a la habitación, Keita estaba ahí, pero algo no andaba bien, respiraba agitada y su nariz estaba sangrando.

¡¿Qué te pasó?!

—Oh, ¿Esto? No es nada, estoy bien.

Keita le sonrió a Ichiro buscando distraerlo, eso no lo convenció, pensó en ir tras Jiko en busca de explicaciones, pero recordó la advertencia que había recibido, y entendió que debía tranquilizarse.

Los días pasaron y Keita cambió, cada vez hablaba menos y su voz sonaba más apagada, hasta que una mañana en particular quiso conversar sobre algo.

—Ichiro... ¿Por qué somos así?

—... ¿De qué hablas?

—Tú lo sabes, estamos sucios.

Ichiro no entendía qué quería decir, pero ella siguió.

—Yo... quiero desaparecer, pero quisiera que él estuviera aquí.

Ichiro se imaginaba de quien estaba hablando, y eso le enojaba.

—¡Pero yo estoy aquí!

—Es que tú...

Keita no terminó su frase, de hecho, no dijo nada más, sus ojos estaban cerrándose poco a poco, Ichiro quiso acercarse a ella, pero su último movimiento como respuesta fue alejarlo.

—Ay, ¿La mocosa no aguanto más? Que pena, quería seguir divirtiéndome con ella.

Jiko, quien apareció detrás de Ichiro, había abierto la puerta y estaba en el marco de esta, riéndose de la escena que acababa de ver.

—¿Qué acabas de decir? ¡Pedazo de mierda!

Jiko se extrañó por escuchar eso.

—Oh, ¿Maruno olvidó decirte la clase de lugar dónde la encontramos? Bueno, digamos que, ella era una “esponja”.

Ichiro no procesaba bien lo que estaba ocurriendo, el estado de shock por ver a Keita decaer se había opacado por una ira repentina que surgió de las palabras de Jiko. Ese sentimiento se manifestó en una presión en su pecho, luego se convirtió en ardor que se propagaba por todo su cuerpo, y en un acto reflejo, Ichiro soltó esa ira en un puñetazo en el rostro de Jiko que este apenas vio venir.

La fuerza del golpe lo hizo salir volando fuera de la habitación, el brazo de Ichiro ardía por dentro y, empezaron a aparecer rastros de las llamas que su golpe había generado.

Ichiro salió de la habitación, caminando con la mirada perdida, tomó a Jiko del cuello y lo lanzó contra la pared con todas sus fuerzas, el estruendo de su cuerpo siendo azotado contra el concreto resonó por todo el lugar.

—¡Ojalá Maruno vuelva pronto, te va a matar cuando vea lo que has hecho!

Incluso adolorido por el impacto, Jiko se reía, intentó recuperar la postura y contraatacar, pero Ichiro interrumpió su intento y lo tomó de la cabeza para darle un rodillazo con tal impulso que hizo que parte de su cara se hundiera. Este quedó incapaz de responder a los ataques y cuando cayó al suelo, Ichiro se fue encima de él.

—Muérete, muérete muérete ¡Muérete muérete! ¡MUÉRETE!

Aún insatisfecho, Ichiro lo golpeó una y otra vez hasta que el rostro de Jiko perdió forma, pero sin importar cuánto lo golpeaba, sentía que no era suficiente.

En un momento dado, una especie de líquido negro empezó a brotar de las heridas de Jiko, y sin darle tiempo a Ichiro de hacer nada, su cuerpo desapareció, dejándolo con ganas de más.

Pero no pensaba quedarse así, y fue por quienes estaban dentro de las demás habitaciones, en un rato ya los había masacrado a todos y cada uno de ellos, luego masacró los cadáveres, y luego las pilas de carne que quedaron de esos cadáveres.

Hasta que finalmente, esa montaña rusa de éxtasis y emociones llegó a su fin, dejando a Ichiro sin energías y con las secuelas del esfuerzo físico que había hecho, el agotamiento lo alcanzó y el “fuego” en su pecho se apagó, lastimó tanto a los otros que ignoró sus propias heridas, y en el fondo sabía que su cuerpo no soportaría mucho más.

Merodeando por el lugar, dejaba rastros de sangre en las paredes mientras se apoyaba en estas, tenía los ojos bien abiertos por si aún quedaba alguien que pudiera dañarlo, y a la vez, eran una ventana a la putrefacción que su alma estaba sufriendo. Después del fuego no quedó nada, su fuego destruyó todo lo que tocó, tomó otras vidas y las deshizo, ni siquiera necesitó una razón.

Su piel se deshacía sobre las paredes, un zumbido en algún lugar del recinto se intensificaba cada segundo, hasta que opacó la salpicadura de sus pasos en los charcos de sangre, su mente convirtió ese ruido en voces. Sus ojos perdieron la noción del espacio mientras estas lo llamaban, él quería responder y decir que todo era su culpa, pero la falta de aire en sus pulmones lo convirtió en otro mudo, incapaz de liberar ese dolor.

Cuando las voces se habían vuelto difusas, se transformaron en los recuerdos que su mente ocultaba, todo el daño que hizo y sus negaciones victimistas ahora lo golpeaban como si hubiesen agarrado impulso por años, gritándole que es un maldito hipócrita y un mentiroso, juzgándolo por atreverse a soñar con felicidad que no merece, todos esos crímenes que le daban motivos para detestarse, se unieron en un juicio donde el único acusado, culpable y sentenciado era él.

Cada latido era más forzoso, una señal de complicidad de parte de su corazón a esos demonios que querían verlo morir. Aún con ganas de no ceder. Ichiro se despegó de la pared, impulsándose hacia el lado contrario.

Sus propios pies le fallaron, con unos pocos pasos apurados terminaron enredándose entre sí, quitándole el equilibrio y haciéndolo caer bajo el ventanal, solo con sus manos apoyándolo, los granos de arena y concreto del piso se incrustaron en las aperturas de sus manos y piernas, intensificando el ardor.

Buscando consuelo de algún sitio, reunió fuerzas para ponerse en sus rodillas, sus brazos dejaron de responder dejándolo cara a cara con el sol. Bajo su luz, Ichiro empezó a perder el conocimiento y una extraña calma se asomó entre el dolor, su cuerpo se tambaleó hasta caer hacia adelante.

Todo el dolor se iba despegando de su cuerpo mientras caía y su mente se dejaba abrazar por el vacío, muy en el fondo, quería escuchar las palabras de Keita una reconfortándolo antes de irse, pero al parecer ella no estaba disponible para eso.

Sin mucho que esperar, Ichiro aceptó que eso era todo y dejó que su llama cediera junto a su cuerpo.

—Has tenido suerte, Ichiro.

Esas palabras lo hicieron despertar, estaba en un lugar desconocido, el cielo era blanco y el piso sobre el que estaba parado parecía falso. Ante él, apareció la silueta de un hombre, que después se mostró ante él, vestido completamente de negro, con una mirada tan generosa como dominante.

—Hola, Ichiro. Soy Shigeru, un gusto conocerte.

—¿Qué? ¿Acaso...

—Antes de que preguntes: no, no estás muerto, sé todo lo que ocurrió y, de hecho, sané tus heridas.

—¿En serio? ¿Cómo hiciste eso?

—... De nada.

Ichiro miró su cuerpo y era cierto, pero notó un detalle extraño.

—¿Por qué aún tengo las quemaduras?

—Porque si las quito, podrías olvidar lo que eres.

—...

—Dime, ¿Qué quieres hacer ahora, Ichiro?

—...No lo sé.

Shigeru se quedó pensando en qué hacer, y después de unos segundos de meditarlo tuvo una idea.

—... ¿Quieres ir a la ciudad?

—¿Disculpa?

—Hablo en serio, podría hacer que te dejen entrar, aunque si vas, quizás algún día tenga que matarte.

—... Cómo sea.

Era un nuevo día, Ichiro se encontraba caminando por un valle del exterior cercano a los bordes de la ciudad, como siempre, el sol estaba sobre él, pero esta vez no quemaba, ahora las nubes lo tapaban parcialmente, su luz era gentil y el ambiente estaba fresco, Ichiro disfrutaba eso en verdad. También estaba pensando en lo que pasó, se acordaba de todo, pero no sentía nada al respecto y no sabía por qué, lo sentía como si le hubiera pasado a otra persona.

Estaba jugando con un palo que encontró, se le hizo curiosa su forma de espada y se lo llevó, ahora lo usaba para ir dándole golpecitos al piso y pegarle a lo que se encuentre en su camino.

De repente, fue interrumpido por unos guardias que le apuntaron con sus armas.

—¡Alto ahí, dinos quién eres!

El chico volteó a verlos, y con una sonrisa llena de calma respondió:

—Yo... Soy Ichiro, es un placer.

FIN.